

La evolución de las culturas*

Miguel Othón de Mendizábal**

La posición filosófica de los historiadores y arqueólogos de México y de los extranjeros que sobre nuestro país escribieron, fue en el pasado, como era natural, metafísica: enfocaron momentos culminantes de la evolución de los grupos indígenas y los estudiaron estáticamente, como fenómenos más o menos aislados en el espacio o en el tiempo. Las exploraciones estratigráficas y el estudio científico de la arquitectura, de la religión, de las cronologías, de las lenguas, vinieron a poner de manifiesto

relaciones de antecedente a consecuente o de causa a efecto entre dichos fenómenos y conexiones e interferencias culturales registradas a través de grandes extensiones geográficas y de sucesiones de niveles geológicos centenarios, lo cual obliga a quien quiera penetrar profundamente en la esencia de los múltiples desarrollos de la vida indígena, a adoptar una posición dialéctica.

Como es inevitable, dada la enorme complejidad de esta clase de estudios, las opiniones de los arqueólogos mo-

* Capítulo del trabajo "De la Prehistoria a la Conquista", tomado de *Obras Completas*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1946.

** El autor nació y murió en la Ciudad de México (1890-1945). Entre los cargos que ocupó tenemos: Director del Museo Nacional; Asesor del Departamento de Asuntos Indígenas; Jefe de et-

nólogos del Museo Nacional; Jefe de laboratorios de Antropeografía del Instituto Politécnico Nacional, así como uno de los más prominentes fomentadores de la enseñanza técnica y funcionamiento de la Escuela de Medicina Rural del mismo plantel. Sus obras completas fueron publicadas en México en los años de 1946-1947.

dernos sobre los movimientos de pueblos, los tipos de cultura peculiares de cada corriente, e incluso de cada grupo migratorio, y de sus influencias recíprocas —lo que podríamos llamar la dinámica de la historia— han estado y están aún divididas, en particular por la tendencia, muy humana, que hace considerar a los hombres de ciencia que la civilización objeto de su estudio especializado, es el centro de irradiación cultural más antiguo, más poderoso y elevado. Hay necesidad, a pesar de ello, de ofrecer un concepto sintético, aunque sea provisional, de la evolución de las culturas indígenas. Aceptando por anticipado que cualquiera hipótesis sobre el particular nunca podrá tener comprobación objetiva suficiente, aventuro aquí una que he venido elaborando lentamente, a través de numerosas investigaciones monográficas, con el apoyo de la arqueología (monumentos, esculturas, cerámica) de la paleoetnografía y de la etnografía actual. Esta hipótesis, además de estar de acuerdo sustancialmente con las más genuinas fuentes históricas, ha permitido ser reducida a una expresión gráfica, lo que demuestra, por lo menos, que no es ilógica. No rechazo, naturalmente, la posibilidad de que nuevos datos vengan, si no a destruirla en absoluto, sí a modificarla.

GENEROS DE VIDA,
REGIMENES ALIMENTICIOS,

TECNOLOGIA Y ORGANIZACION SOCIAL

Los arcaicos

Los vestigios arqueológicos arcaicos, a pesar de las diferencias que presentan de región a región y aun de nivel a nivel en una misma excavación estratigráfica, muestran sin embargo características comunes que han permitido darles una denominación genérica. Forman, puede decirse, un horizonte cultural homogéneo.

Las deducciones que podemos sacar de estos vestigios, con referencia a la vida de sus autores, son, con las reservas del caso, las siguientes: los arcaicos eran sedentarios y vivían en aldeas, más o menos populosas, atendidos al cultivo del maíz, practicado sin duda por el procedimiento de estaca, en uso hasta la fecha en nuestras costas, pues no se han encontrado instrumentos de otro material que pudieran haberles servido para el caso. Hay serias razones para creer que a los arcaicos se debió igualmente el cultivo del frijol, la calabaza o el chile, así como que hayan sido los primeros domesticadores del guajolote o pavo americano, así como del perro comestible llamado *itzcuintepotzotli* y *xoloizcuintli*. Debemos suponer que complementarían su dieta eventualmente con la recolección de frutos espontáneos, con la pesca con red y con la caza de pequeños animales de pelo o pluma por medio de la resortera de

hule, de la cerbatana y de la honda (la presencia entre los vestigios arcaicos de esferas de barro y piedra de diversos calibres, en muchos casos funerarios, lo indica claramente). Conocían ya, sin duda alguna, el arco y la flecha, aunque parece que no fueron muy hábiles en su manejo, por lo cual no perseguían a los animales grandes: la *Relación de Michoacán* nos refiere que los antiguos pobladores de esa región no supieron quitar la piel a un venado hasta que fueron enseñados por los conquistadores chichimecas, habilísimos flecheros.

Por estas razones, es muy probable que para su indumentaria y su abrigo se sirvieran de fibras de agaves, tan abundantes en México, pues es poco probable que utilizaran el algodón, ya que esto hubiera implicado el conocimiento del hilado, y, naturalmente, la posesión del instrumento adecuado para tal labor, el *malacate*, que no se encuentra entre los vestigios arcaicos.

Si reputamos como arcaicos a los grupos que quedaron incrustados dentro de los grandes complejos culturales que en épocas protohistóricas e históricas se formaron, y que permanecieron y permanecen aún aislados, independientes económica y culturalmente de nosotros, como los tlapanecos, popolacas, zoques, seris, etc., tenemos suficientes datos para conjeturar que estaban organizados en clanes totémicos, en diverso estadio de evolución, alcanzando algunos de ellos incluso la organización en clases matrimoniales, correspondientes a un totemismo

individualizado, que en México revisitó la peculiar forma del *nahualismo*. Salvo los seris, entre los que se había conservado con pureza la filiación uterina, la mayoría de los grupos arcaicos habían alcanzado el régimen patriarcal. Entre ciertos grupos de Tamaulipas estaba en uso la "covada", es decir, la simulación de los dolores puerperales, por el hombre como una manifestación ostensible de la transmisión de su sangre y su linaje al niño, lo cual demuestra una reciente transición entre uno y otro estado.

No nos es posible decir si las gentes arcaicas llegaron a México procedentes de Norteamérica, de Suramérica, o de entrambas partes, lo cual es probablemente más exacto; pero hay suficientes datos para decir, frente a las numerosas y notables semejanzas, que tuvieron mayor intercambio cultural con el Sur. Múltiples son, asimismo, los elementos culturales de los pueblos suramericanos y de los arcaicos de México que nos permitirían suponer una influencia malayo-polinésica, como lo ha puesto de manifiesto el Dr. Paul Rivet, que desde hace largos años ha venido acumulando sólidos testimonios que lo prueban. Entre los arcaicos de México además del uso de la cerbatana, desconocida de las culturas nórdicas, hemos podido encontrar algunas costumbres o implementos que podrían tomarse como resultado de esta influencia. Entre los más notables, en mi concepto, figura el "balancín" para cargar, que los españoles de la expedición de Nuño de

Guzmán en el occidente de México encontraron en uso entre los pobladores de la extensa zona que se extiende entre el río de Santiago, Estado de Nayarit y el norte de Sinaloa, así como en la isla de Tiburón y la costa sonorensis fronteriza, habitada por los seris, en donde subsiste todavía, y que obligó a los conquistadores a modificar el empaque de su impedimenta, arreglada de acuerdo con el sistema general de cargar de los indígenas, sobre la espalda, deteniendo la carga con una faja de cuero o jarcia cruzada por la frente o el pecho.

Las migraciones náhoas

Las primeras invasiones del Norte conocidas por nosotros, son las de los grupos de la gran familia náhoa, que poseían una cultura conectada con la de los indios "pueblos" del noroeste de los Estados Unidos. Organizados en tribus divididas por lo común en cuatro clanes o barrios para el intercambio matrimonial, durante sus rudas peregrinaciones, llenas de peripecias dolorosas, se fueron destacando de entre sus sacerdotes-caudillos que lucharon más denodadamente por la salvación de su grupo, los héroes epónimos, que con el transcurso del tiempo se transformaron en dioses tribales primero, y posteriormente, en advocación antropomorfa de los númenes principales de las altas culturas, cuando su influjo político y económico fue extendiéndose

en una extensa zona del territorio mexicano.

A su arribo al centro de México, la economía de esas primeras tribus náhoas, que habían ido dejando núcleos más o menos importantes de su misma filiación a través de su larga ruta migratoria por la vertiente del Océano Pacífico, estaba basada en el cultivo del maíz. Nos inclinamos a creer que desde aquella época el frijol, la calabaza, el chile, el algodón y el tabaco constituían ya un elemento importante en su vida; así como que buscaban las salinas como punto de apoyo geográfico. La tierra era poseída en común por los miembros de cada clan o barrio, pero era usufructuada privadamente por las familias cultivadoras, aun cuando los lazos de solidaridad de clan y de tribu eran tan fuertes, que todos contribuían, en trabajo o en especie, a la atención de las necesidades colectivas. Al establecerse en el Valle de México se percibe ya entre ellas un principio de organización política y de culto religioso, lo que implicaría, sin duda ninguna, los gravámenes obligados para el sostenimiento de las nacientes superestructuras sociales.

Es seguro que en determinado momento de su desarrollo las tribus náhoas vivieron en "casas grandes" y en construcciones de acantilados, pues existen aún en Chihuahua, Durango y Zacatecas vestigios de estos tipos de construcción, característicos en el suroeste de los Estados Unidos; pero estas estructuras obedecían, principal-

mente, a necesidades de defensa contra las acometidas de las hordas, y cuando se vieron libres de ellas, como los náhoas establecidos en Sinaloa, Nayarit y Jalisco, las sustituyeron por casas de diversas formas y materiales, análogas probablemente a las que usaban en la época de la Conquista y usan aún las tribus de la familia pimana, tan estrechamente conectadas culturalmente con ellos.

A su llegada al Valle de México, los náhoas de Cuautitlán, avanzada de este gran movimiento migratorio, conforme refieren sus anales, construyeron chozas de paja, en tanto que los náhoas de Tollantzinco, al decir de don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, construyeron una "casa grandísima" en donde cabía toda la gente. La explicación de esta diferencia tecnológica en los pueblos de una misma filiación y de análogo nivel cultural, podemos encontrarla, tal vez, en la diversa región de procedencia inmediata de unas y otras, pues los cauces de estas migraciones fueron dos: uno por la vertiente del Pacífico y otro por la vertiente oriental de la Sierra Madre Occidental.

El culto religioso de los náhoas, de carácter colectivo y en lugares especialmente destinados al efecto, es una de las características distintivas de los grupos de la familia nahuatlana, aún los menos evolucionados, como los acaxes, xiximes, sabaybos y tebecas, que habitaban en la época de su conquista las sierras de Sinaloa y Durango, en oposición a las tribus pimanas ve-

cinas, que carecían en absoluto de culto colectivo y de lugares destinados a las ceremonias religiosas. Los primeros templos de estos grupos náhoas eran simples chozas de troncos de árboles o de adobe, techados con paja. Practicaban el culto en el interior de estos edificios y sus dioses, algunos, objetivados ya en figuras antropomorfas, eran advocaciones principalmente de elementos de la naturaleza y de las actividades de la vida que se iban multiplicando al compás de las transformaciones del régimen de producción, que obligaba a una progresiva división del trabajo. Consideraban dioses al Sol, a la Luna y a Venus, pero en calidad de patronos de los elementos fundamentales: fuego, agua, tierra y aire y no los reverenciaban como astros propiamente dichos, ni tuvieron conciencia de su naturaleza ni se interesaron por estudiar en sus movimientos, la causa real de los fenómenos que producían, porque su mentalidad era asociativa, prelógica. En mi concepto, los primeros grupos náhoas que llegaron al Valle de México poseían un nivel cultural semejante a los de los grupos afines del Occidente a que me he referido.

Las hordas chichimecas

Las causas del movimiento de pueblos indígenas de Norte a Sur deben haber sido múltiples y, sin duda, variables en cada caso concreto; pero la más poderosa y general fue la pre-

sión ejercida sobre los grupos sedentarios por las hordas nómadas cazadoras recolectoras de las praderas de la América del Norte, que siempre llenaron su déficit alimenticio a costa de los agricultores, fenómeno que se prolongó hasta mediados del siglo XIX. Las hordas cazadoras desempeñaron en la América del Norte el mismo importante papel histórico que las hordas desprendidas de los pueblos pastores en Asia, Africa y Europa.

En seguimiento de los náhoas emigrantes, tal vez arrojados, a su turno, por otras hordas cazadoras, de las pródidas praderas de los búfalos, se desplazaron hacia el sur de la Altiplanicie las hordas de las familias otomiana, atapascana y coahuilteca que se disputaron sin cesar el disfrute de sus áridas llanuras, amagando de continuo a los pueblos agricultores. En la época de la Conquista sus territorios de recorrido llegaban por el Mediodía hasta el río Lerma, abarcando la mayoría del Estado de Guanajuato, la totalidad del de Querétaro y una importante zona del Estado de Hidalgo.

Vivían atentos a la caza de toda clase de animales, incluso de reptiles y de insectos en las regiones menos favorecidas; cosechaban sistemáticamente los frutos espontáneos de la comarca y recolectaban raíces y gran variedad de yerbas comestibles. Algunos pescaban con flecha o a mano, cuando se les presentaba la ocasión; pero otros, tal vez por un "tabú" peculiar de las culturas subárticas, con las que tenían una conexión más o menos remota,

particularmente atapascanas, no comían el pescado, aun cuando lo pescaban para aprovechar sus espinas.

Pernoctaban bajo los árboles o en abrigos de ramas y, cuando su permanencia en determinada región era más larga, habitaban en cuevas o en pequeñas chozas pajizas por lo común de la más primitiva forma cónica. Su indumentaria era de pieles de animales, sin curtir entre los de la familia otomiana, según se desprende de las tradiciones, de los códices y de narraciones de los primeros españoles con los que estuvieron en contacto. Los de la familia atapascana que presentaban importantes manifestaciones de la cultura subártica, sabían curtir los cueros, y algunos, como los grupos apaches, habían alcanzado singular perfección en esta industria. Desconocían en absoluto la cerámica, caso común entre los nómadas; pero fabricaban, en cambio, artefactos muy perfectos de mimbre, cañas y otros materiales. El tallado y pulido del sílice, la obsidiana, piedras duras, y el perfecto acabado de los astiles de sus saetas, completaban el precario cuadro de su tecnología. Por lo que se refiere a desarrollo artístico, sólo tenemos noticia, aparte del decorado de sus cestos y del ornato de sus flechas, de los complicados dibujos de los tatuajes. Los apaches solían bordar, con espinas de puercoespín o con otros materiales, las admirables gamuzas que empleaban en su indumentaria. Su organización era francamente patriarcal y existía entre ellos una estricta

ta división sexual del trabajo, que reservaba para el hombre el ejercicio de la guerra y de la caza y para la mujer las rudas faenas domésticas.

Tenían sin duda, un concepto preciso de sus derechos territoriales y los defendían celosamente; pero carecían en absoluto de la noción del derecho de propiedad individual, pues la posesión de bienes muebles y aun de sus mujeres obtenidas por compra, sólo se podía conservar por la fuerza, sin que hubiera ninguna ley ni costumbre que salvaguardara el derecho adquirido. No conocían autoridades civiles y los caudillos guerreros, primeros en el peligro y últimos en el reparto del botín, no tenían más función que la dirección de las operaciones militares. Carecían de cultos religiosos colectivos y sacerdocio propiamente dicho, pues el hechicero-curandero ejercitaba sus funciones como una actividad económica, con frecuencia peligrosa. Adoraban solamente al sol, al que dedicaban la primera caza que lograban en su diaria lucha por la vida.

Complejos culturales

Ante el choque de las tribus náhoas y las hordas cazadoras-recolectoras, los arcaicos se reconcentraron hacia el sur, particularmente en los estados de Nayarit, Jalisco, Michoacán y México. Este primer contacto fue naturalmente violento deviniendo en forma progresiva, en una convivencia más o menos pacífica, que produjo, por el intercambio y la elevación de la densidad

demográfica, los primeros complejos culturales y dio margen a la superación acelerada del estadio de evolución de unos y otros.

En Michoacán, dominado por las hordas cazadoras-recolectoras, la cultura arcaica predominó sobre sus conquistadores, permitiendo el desarrollo muy notable de la civilización que llaman los arqueólogos tarasca. En el mismo caso podemos colocar el territorio de los matlaltzincas, en donde se realizó, probablemente, la incorporación de los primeros grupos de la familia otomiana a la vida sedentaria y agrícola de los arcaicos. En el sur del Estado de Hidalgo, en el Valle de México y en las regiones vecinas de Puebla y Morelos se impuso la cultura náhoa; pero en los tipos de cultura teotihuacana que el Dr. Gamio llama de transición, en cerámica pretolteca, descubierta últimamente por el profesor E. Noguera, vemos claramente la influencia cultural de los arcaicos.

Fue, sin embargo, a la llegada de las migraciones orientales, los olmecas de Sahagún, que lograron preponderar a su vez, más por la inteligencia que por la fuerza y el número, sobre los complejos culturales anteriores, en los estados de Hidalgo, Morelos, Puebla y Tlaxcala, cuando se combinaron los elementos materiales y espirituales que dieron por resultado la civilización tolteca o teotihuacana. Simultáneamente, según hemos dicho, otros grupos olmecas poblaron las regiones mixteca, zapoteca y maya; se impusieron, a su turno, sobre los grupos

arcaicos dispersos en todo el sur de nuestro territorio, formando los complejos culturales de los que se derivaron los tres más importantes centros de civilización además de la teotihuacana y la olmeca-huasteca o totonaca de la América del Norte.

A pesar de las múltiples diferencias de detalle que presentan estas culturas en su peculiar desarrollo, a las que contribuyeron en forma poderosa las posibilidades geográficas y los recursos materiales de cada región, ofrecen analogías fundamentales, como son el uso de la pirámide como elemento importantísimo de su arquitectura, el plan general de sus grandes ciudades sagradas, la orientación esencial de sus religiones politeístas, panteístas, con reminiscencias frecuentes del totemismo ancestral; pero con una común superestructura astronómica, que se tradujo en las brillantes concepciones de sus calendarios, basados en un profundo conocimiento de los fenómenos celestes, producto de una mentalidad fuertemente lógica.

Como es lógico, la formación de los grandes estados teocráticos que pudieron dar cima a empresas de la magnitud patente en las numerosas ruinas que han despertado la admiración del mundo en los últimos años, fue precedido de una profunda transformación en el régimen de producción del clan o barrio primitivo, que vamos a estudiar en los toltecas o teotihuacanos, sobre los que, si bien incorporados a los ritos religiosos, poseemos informaciones precisas y altamente de-

mostrativas. En Teotihuacán se había constituido una clase teocrática privilegiada, en torno del numen de las migraciones olmecas, según se desprende claramente de las tradiciones que consigna Sahagún: "Tenía Quetzalcóatl (es decir, su sacerdocio) todas las riquezas del mundo de oro y plata y piedras verdes llamadas Chalchihuites, y otras cosas preciosas, y mucha abundancia de árboles de cacao (el cacao servía como moneda al mismo tiempo que era, como bebida y alimento, el máspreciado manjar). . . y los dichos vasallos de Quetzalcóatl estaban muy ricos y no les faltaba cosa alguna ni había falta de maíz, ni comían las mazorcas del maíz desde pequeñas, sino que con ellas calentaban los baños como con leña". Existía en esa teocracia, podemos concluir nosotros, con sobra de fundamento, una profunda desigualdad social, que fue origen de las conmociones más profundas.

"Creían los antiguos, que el que era próspero, rico y bien afortunado, que era conocido y amigo del dicho Quetzalcóatl", nos refiere la misma tradición; así, las multitudes miserables, que atribuían el bienestar de las clases privilegiadas al apoyo directo del dios Quetzalcóatl, se congregaron en torno de Tezcatlipoca, el numen rival y auxiliados por grupos independientes de filiación náhoa y por las hordas de los chichimecas pames, destruyeron la teocracia teotihuacana y expulsaron a los partidarios del dios de los "ricos y bien afortunados" hacia el oriente de

Puebla, hacia Veracruz, la Mixteca, Tabasco, Yucatán, Chiapas y la América Central. Allí llevaron, como una proyección de esa deidad, que siempre representó para los indígenas la bondad, las actividades útiles y constructivas y la sabiduría, la magnífica influencia cultural, particularmente en el orden plástico, que nos ha dejado inestimables reliquias artísticas, como las del postrer Chichén-Itzá, en todas las regiones en donde buscaron refugio.

Los "restos de los toltecas" que quedaron dispersos en el centro de México después de la destrucción de Teotihuacán, transmitieron, en parte, la cultura de la eximia teocracia desaparecida a las tribus agricultoras de la familia náhoa, a las que conocemos con el nombre particular de nahuatlacas (gente que habla claro el náhoa), que fueron ocupando sucesivamente esa región, y, bajo el dominio político de las hordas guerreras chichimecaspames, que les impusieron tributos y prestaciones, se fueron distribuyendo las tierras de cultivo en torno de los grandes lagos del Valle. Posteriormente como consecuencia de la conquista de Azcapotzalco, el sencillo régimen de producción del *calpulli* se vio modificado por un estatuto verdaderamente feudal, en beneficio de los guerreros chichimecas que, agrupados en torno de los primeros caciques locales, pertenecientes a su misma filiación, pugnan por constituir una superestructura aristocrática.

La confederación azteca-acolhua-tepaneca, resultado de las luchas entre los grupos antagónicos nahuatlacas del Valle de México, cada uno de los cuales poseía una superestructura del linaje de los chichimecas, inició la conquista de extensos territorios en todas las direcciones, llegando por el Norte a la Huasteca, a Colima por el Occidente, al Océano Pacífico y al Atlántico por el Sur y Oriente.

Salvo el pequeño Estado de Tlaxcala, al que había salvado de la total destrucción la necesidad de tener un campo de entrenamiento para los guerreros jóvenes, en donde surtirse de prisioneros para los sacrificios; el señorío de Michoacán y el Meztitlán, que aunque todavía resistían victoriosamente los embates de los ejércitos coaligados, veían ya cercano su fin como estados independientes, todos los grupos indígenas, grandes y pequeños, habían sucumbido al empuje de la triple alianza, o estaban a punto de sucumbir como los zapotecas. Las colonias militares aztecas avanzaban protegiendo a sus activos mercaderes y recogiendo los tributos, hasta Xocochco, cercano a la frontera con Guatemala. Allí esperaban la oportunidad de nuevas conquistas sobre los pueblos de la familia maya-quiché, que presentaba a la llegada de los conquistadores españoles, un espectáculo de completa decadencia cultural y de grave desorganización política.

BIBLIOGRAFIA

- Anales Antiguos de México y sus Contornos. *Anales de Cuautitlán*. En Anales del Museo Nacional, época 1ª. T. II.
- Bárcena, Ing. Mariano. *El hombre Prehistórico de México*. En Anales del Museo Nacional. 1ª. época. T. II, (pág. 44).
- Beuchat, Henri. *Manual de Arqueología Americana*. Madrid, 1918.
- Blaringhem. *Note sur l'origine du maiz. Metamorphose de l'Euchloena en Zea, obtenu par Benito de Toledo*. Aun. Sci. Nat. Bot. 6, 245-263, 1924.
- Burbank, Luther. Proc. Ind. Sci. V. 34, 1924. S. Kora, Cal.
- Caso, Dr. Alfonso. *Las Estelas Zapotecas*. México, 1934. *Idolos huecos de tipo arcaico. Las Tumbas de Monte Albán*. México, 1934.
- XXI Congres International des Americanistes. La Haye, 1924. *The Origin and Spread of Agriculture in America*. XIX Congress of Americanists. Washington, 1917.
- De Nadaillac, Le Morquis. *L' Amerique Prehistorique*. Paris, 1883.
- Gamio, Dr. Manuel. *Las Excavaciones del Pedregal de San Angel y la Cultura Arcaica del Valle de México*. 2ª. Ed. México. 1920. *La Población del Valle de Teotihuacán*. México, 1922. (Introducción y Artes Menores. Los Pequeños Escultores).
- Gándara, Dr. Guillermo. *El teocintle como planta originaria del maíz*. Trabajo presentado a la Academia Nacional de Ciencias "Antonio Alzate" en octubre de 1933. (Aparecerá en los Anales de dicha Sociedad).
- Hamy, E. T. *Anthropologie du Mexique*. Mission Scientifique du Mexique. 1ª. parte. París, 1884.
- Handbook of the American Indians. Washington, 1907. Artículo *Maize*.
- Hardlicka, S. *Skeletal Remains*. En *Bureau of American Ethnology*. Washington. Bulletin No. 33, (págs. 32-35).
- Harsberger, J. W. *Maize: a Botanical and Economic Study*. Filadelfia, 1903.
- Herrera, Dr. Alfonso M. *El Hombre Prehistórico de América*. En *Memorias de la Sociedad "Antonio Alzate"*. T. IV. México, 1893, (págs. 41 y 42).
- Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva. *Relaciones*. Ed. Chavero, México, 1891.
- Khankhoje, Pandurang. *Nuevas Variedades del Maíz*. México, 1930.
- León, Dr. Nicolás. *Relaciones de Michoacán. Los Tarascos*. México, 1904. Parte primera.
- López y Parra, Rodrigo. *El teocintle. Origen del maíz*. Secretaría de Fomento. México, 1908.
- Marquina, Ing. Ignacio. *Estudio Arquitectónico Comparativo de los Monumentos Arquitectónicos de México*. México, 1929.
- Mendizábal, Miguel O. de. *La Cronología Náhoa*. Museo Nacional, México, 1922. *Ensayo sobre las Civilizaciones Aborígenes Americanas*. Vol. I. México, 1924. *La Evolu-*

- ción Religiosa de los Pueblos Indígenas*. En "Contemporáneos" Núm. 8. México, 1929. *Influencia de la Sal en la Distribución de los Grupos Indígenas de México*. México, 1929. *La Evolución del Noroeste de México*. México, 1930. *Los Otómies no fueron los Primeros Pobladores de México*. México, 1933.
- Noguera, Prof. Eduardo. *Extensiones Cronológico-culturales y Geográficas de las Cerámicas de México*. México, 1932.
- Palacios, Enrique Juan. *Ixtlán*. En Boletín de la Universidad Nacional, México, 1932. *La Prehistoria de América*. (En prensa). *El Calendario y los Jeroglíficos Cronográficos Mayas*. Ed. Cultura, México, 1933.
- Sahagún, Fr. Bernardino de. *Historia General de las Cosas de Nueva España*. T. III. Ed. Bustamante. México, 1830.
- Spinden, Herbert J. *The Population of Ancient America*. American Geographical Society. New York, 1928. *New World Correlations*.
- Vaillant, Dr. George C. *Excavations of Zacatenco*. New York, 1930. *Excavation of Ticoman*. New York, 1931. *Excavation of Gualupita*. New York, 1933, (Anthropological Papers of the American Museum of Natural History).
- Villada, Dr. Manuel. *El Hombre Prehistórico del Valle de México*. En Anales del Museo Nacional. 1ª. época. T. VII. México, 1903.
- Weatherwax, Paul. *The Evolution of Maize*. Univ. de Indiana. Bul-Torrey Bot. Club 45. 1918.